

La inspiración y otros casos del sabio Feng

Pablo De Santis



loqueleo



La inspiración



El poeta Siao, que vivía desde el otoño en el palacio imperial, fue encontrado sin vida en su habitación. El médico de la corte decretó que la muerte había sido provocada por alguna sustancia que le había manchado los labios de azul. Pero ni en las bebidas ni en los alimentos hallados en el dormitorio había huellas de veneno.

El delegado del emperador, el honorable Lin, estaba tan conmovido por la muerte del poeta Siao que ordenó llamar al sabio Feng. A pesar de la fama que le había dado la resolución de varios enigmas –entre ellos, el asesinato del mandarín Chou y el llamado “crimen del dragón”–, Feng vestía como un campesino pobre. Los guardias imperiales se negaron a dejarlo pasar, y el delegado Lin, envuelto en su manto amarillo, tuvo que ir a buscarlo a las puertas del palacio para conducirlo a la habitación del muerto.

Sobre una mesa baja se encontraban los instrumentos de caligrafía del poeta Siao: el pincel de pelo de mono, el papel de bambú, la tinta negra, el lacre con que acostumbraba a sellar sus composiciones.

—Mis conocimientos literarios son muy escasos y un poco anticuados. Pero sé que Siao era un famoso poeta, y que sus poemas se contaban por miles —dijo Feng—. ¿Por qué todo esto está casi sin usar?

El delegado Lin explicó:

—Sabio Feng, hacía largo tiempo que el poeta Siao no escribía. Como verá, comenzó a trazar un ideograma y cayó fulminado de inmediato. Siao luchaba para que volviera la inspiración, y en el momento de conseguirla, algo lo mató.

Feng pidió al delegado Lin que lo dejara solo en la habitación. Durante un largo rato se sentó en silencio, sin tocar nada, inmóvil frente al papel de bambú, como un poeta que no encuentra su inspiración. Cuando el delegado, aburrido de esperar, entró, Feng se había quedado dormido sobre el papel.

—Sé que nadie, ni siquiera un poeta, es indiferente a los favores del emperador —dijo Feng apenas despertó—. ¿Tenía Siao enemigos?

El delegado imperial Lin demoró en contestar.

—La vanidad de los poetas es un lugar común de la poesía, y no quisiera caer en ese prejuicio. Pero, en el pasado, Siao tuvo cierta rencilla con el anciano Tseng, porque ambos coincidieron en la comparación de la luna con un espejo. Y unos versos burlones contra Ding, quien se

llama a sí mismo “el poeta celestial”, le ganaron su odio. Pero ni Tseng ni Ding se acercaron a la habitación de Siao en los últimos días.

—¿Y se sabe qué estaban haciendo la noche en que Siao murió?

—La Policía Imperial hizo esas averiguaciones. El anciano Tseng estaba enfermo y el emperador envió a uno de sus médicos para que se ocupara de él. En cuanto a Ding, el poeta celestial, está fuera de toda sospecha: levantaba una cometa en el campo. Había varios jóvenes discípulos con él. Ding había escrito uno de sus poemas en la cometa.

—¿Y dónde levantó Ding esa cometa? ¿Acaso se veía desde esa ventana?

—Sí, justamente allí, detrás del bosque. Sabio Feng: los oscuros poemas de Ding tal vez no respeten ninguna de nuestras antiguas reglas, pero no creo que alcancen a matar a la distancia. ¡Además, la cometa estaba en llamas!

—¿Un rayo?

—Caprichos de Ding: elevar sus poemas al cielo e incendiarlos. Impregnaba el hilo de pólvora y cuando la cometa estaba en lo alto, ponía fuego al hilo. La cometa ardía un instante y desaparecía. Yo, como usted, Feng, tengo un gusto anticuado, y no puedo juzgar las nuevas costumbres literarias del palacio.

Feng destinó la tarde siguiente a leer los poemas de Siao. A la noche anunció que tenía una respuesta. El delegado

imperial Lin se reunió con él en las habitaciones del poeta asesinado. Feng se sentó frente a la hoja de bambú y completó el ideograma que había comenzado a trazar Siao.

—“Cometa en llamas” —leyó el delegado Lin—. ¿La visión de la cometa le hizo a Siao recuperar la inspiración?

—El poeta Siao trabajaba a partir de aquello que lo sorprendía en medio de la naturaleza. Un caballo que aparecía en la niebla, como un fantasma, una tormenta inesperada, una serpiente escondida en un árbol muerto. De estas cosas se alimentaba su poesía. Aquí en el palacio, protegido de todo, ya nada lo invitaba a escribir: por eso su pincel nuevo estaba sin usar desde hacía meses. El poeta Ding puso allí el veneno, y con la suficiente anticipación como para que nadie sospechara de él. Sabía que Siao, como todo los que usan pinceles de pelo de mono, se lo llevaría a la boca al usarlo por primera vez para ablandarlo. Los restos del veneno se disolvieron en la tinta. Esa fue una de las armas de Ding.

—Imagino que la otra fue la cometa —dijo el delegado.

—Ding sabía que al ver algo tan extraño como una cometa en llamas, la inspiración volvería al viejo Siao.

El sabio Feng tomó el pincel de pelo de mono y escribió:

*Una cometa en llamas sube al cielo negro.
Brilla un momento y se apaga.
Así la injusta fama de Ding.*

—Mis dotes como poeta son pobres, pero acaso no esté tan alejado del tema que hubiera elegido Siao. —Feng limpió con cuidado el pincel—. Como poeta, Ding rechaza toda regla, pero como asesino acepta las simetrías. Para matar a un poeta, eligió la poesía.



El otro ruiseñor



El príncipe Chen siempre observaba con deleite los pájaros que visitaban sus jardines. Su preferido era el ruiseñor. A diferencia de otros amantes de los pájaros, no tenía ninguna jaula: dejaba que los pájaros fueran y vinieran cuanto quisieran. Pero, así como le gustaba lo natural, también le gustaba el artificio: las máquinas delicadas, los juguetes misteriosos, las cosas inútiles que solo servían para sorprender.

Un día el príncipe Chen anunció que pagaría diez monedas de oro a quien le mostrara el más perfecto ruiseñor artificial. Dos artesanos aceptaron el desafío. Uno era el joven Li Pao, que había viajado a las tierras del oeste y en la ciudad de Marco Polo había perfeccionado los rudimentos de la relojería. El otro, Wei, ya era anciano. Aunque nunca había salido de su pueblo, era un diestro constructor de juguetes. Li Pao estaba en el esplendor de su arte; a Wei le temblaban las manos.

Poco antes del plazo, el sabio Feng encontró al viejo Wei en el bosque. Feng lo llamó a lo lejos, pero el anciano no se dio cuenta de que su amigo estaba allí hasta que le puso la mano en el hombro.

—Lamento interrumpirte. Veo que estás concentrado en la obra que le mostrarás al mandarín —dijo Feng levantando la voz.

—He ganado muchos concursos organizados por grandes señores, pero esta vez voy a perder. Los más jóvenes tienen una técnica superior, y de ellos Li Pao es el mejor. Ya estoy viejo para aprender cosas nuevas.

—Tal vez no se trate de hacer una cosa nueva, sino de mejorar una vieja —dijo Feng para animarlo.

Wei no respondió: estaba absorto admirando el ligero mecanismo de las nubes.

Llegado el día del concurso, el príncipe Chen recibió a sus cien invitados. Entre ellos estaba el sabio Feng.

—Feng, tienes fama de hombre sabio. ¿Quién ganará?

—No sé si soy sabio, pero es seguro que no soy adivino.

—Pero, insisto, ¿quién crees que va a ganar?

—Wei.

El príncipe rio.

—Tienes razón en reconocer que no sirves para adivino. He enviado espías a ver las tareas de mis dos inventores. Los que envié a observar a Li Pao volvieron maravillados y debí hacerlos callar para que no arruinaran la sorpresa. En los que envié a seguir a Wei, en cambio, solo había compasión. ¡Espero que el resultado no llene de vergüenza al viejo Wei!

En el jardín esperaban los dos inventores y los invitados. Li Pao, ataviado para la ocasión con sus mejores ropas, le dio una caja de madera al príncipe. Con felicidad, el príncipe sacó de la caja un ruiseñor tan perfecto que no hubiera podido distinguirse de uno real. El pájaro movió las alas y cantó. Los invitados alabaron aquel prodigio.

—¿Y qué ha traído el gran Wei, cuyos juguetes iluminaron mi infancia? —preguntó el príncipe.

Si alguna esperanza guardaba su alteza, la perdió cuando Wei puso en sus manos el invento. Era una pobre criatura desplumada. El mecanismo estaba a la vista y parecía a punto de desarmarse.

El príncipe Chen estaba apenado. No quería que el viejo artesano quedara en ridículo frente a sus invitados, que no escondían sus sonrisas.

—¿Canta? —preguntó uno de los invitados en tono burlón.

Wei tocó el mecanismo y se oyó un breve trino. Después de la música del otro ruiseñor, este sonaba como una rama al quebrarse.

—Lo lamento, Wei, pero temo que el ruiseñor de Li Pao...

Pero Wei no prestaba atención a las palabras del príncipe. Cuando el inventor movió la pata del juguete, el ruiseñor agitó las alas con vigor. El viejo Wei lo lanzó al aire y el ruiseñor, gracias a sus furiosos aleteos, voló sobre la cabeza del príncipe, y por sobre los árboles y las murallas del jardín, y se perdió en la claridad del cielo.

El primer ruiseñor había levantado murmullos de admiración, pero el segundo dejó a todos mudos, como si hubiera caído sobre ellos un hechizo de silencio. Li Pao miró la cara del príncipe y supo que había perdido. Se defendió:

—¿Y ese aspecto de pato desplumado... y esos engranajes oxidados... y ese chirrido que es lo contrario al canto...? ¡Y además se ha perdido!

El príncipe Chen dijo:

—Mi joven Li Pao, puedes hacer ruiseñores de perfecto colorido y que canten como los de verdad. Pero solo Wei puede hacer un pájaro capaz de volar.

El príncipe le dio a Wei su premio, pero pagó una generosa suma a Li Pao por su ruiseñor.

Cuando los invitados se estaban yendo, el príncipe detuvo al sabio Feng:

—¿Cómo sabías que iba a ganar Wei?

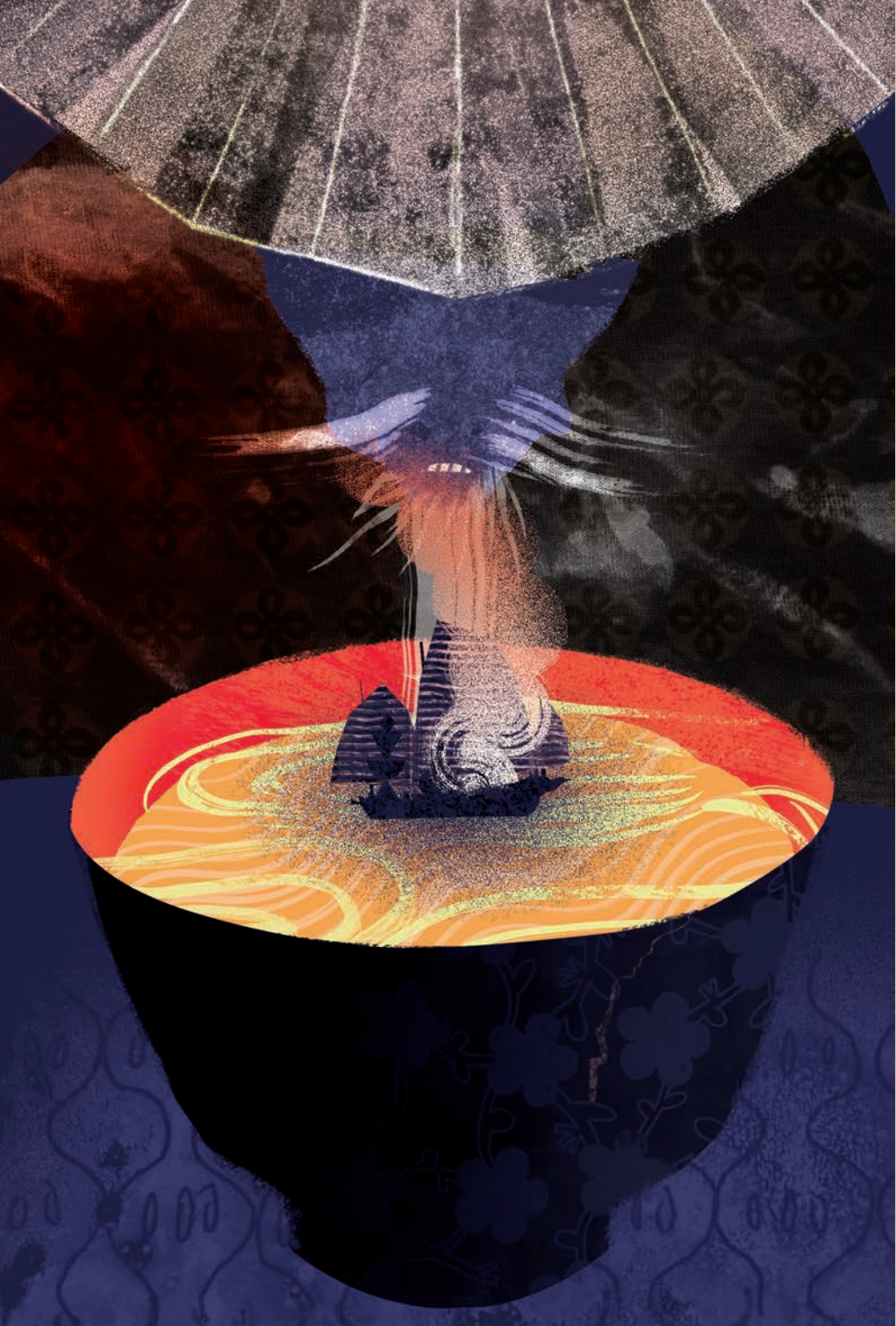
—El inventor se está quedando sordo. Me acerqué a él en el bosque y no me oyó. No podía confiar en su oído, su invento tendría que verse. Si había construido algo tan poco lucido, tan torpe, tan endeble, era porque tenía su razón: era algo distinto lo que estaba buscando.

—Es cierto —dijo el príncipe—. Construyó un ruiseñor capaz de volar. Tal vez la próxima vez pueda hacer un ruiseñor tan hermoso como el de Li Pao.

—Eso no es necesario. El juguete se ha perdido. Pero nuestra memoria esconderá sus torpes engranajes y le

dará un plumaje espléndido. Cuando una cosa es perfecta en algo, la imaginación la viste con otras perfecciones.

Al pasar bajo el arco de piedra para salir del jardín, Feng oyó a los guardias comentar que un pájaro de oro se había perdido en el cielo.



Un tazón de sopa

